

LA TRIBUNA

Investigación científica

Antonio García Verduch

Investigar es tener la mente abierta a lo desconocido, siempre dispuesta a captar lo que a todos escapa, a oír lo que todos escuchan y nadie oye, a ver lo que todos miran y nadie ve, a extasiarse con lo que todos ignoran y pisan, a aspirar el aroma y a palpar los pétalos aterciopelados de las flores que aún no han nacido.

En investigador ve el mundo exterior desde lo más profundo de su mundo interior. No puede mirar lejos si no mira desde muy dentro.

El investigador es el más apasionado y devoto buscador de la verdad. La verdad es su ídolo. Por eso, la busca dentro y fuera de sí.

El investigador tiene un paraíso y un infierno, un paraíso para premiar la verdad y un infierno para castigar la mentira. El bien es bien porque se identifica con la verdad. El mal es mal porque se identifica con la mentira. El investigador elabora con ilusión sus conjeturas y sus hipótesis porque en ellas ve una esperanza de verdad. Cuando no se cumplen, las desecha y las aleja, porque en ellas descubre la pestilencia del error.

El investigador es el arquitecto de la verdad. El construye verdad. Y cuando no construye verdad sus edificaciones se caen estrepitosamente.

¡Cuánta verdad por descubrir existe en la profundidad del mundo interior y en la infinitud del Universo! ¿Por qué, pues, algunos miembros

de la comunidad científica se encelan y refunfuñan disputándose infinitesimales parcelas de trabajo?

El científico ha de medir su imaginación y su inteligencia con la infinita grandeza de la Creación. Su obra, aunque esforzada y meritoria, siempre es pequeña, siempre es inacabada.

Se dice que el científico sabe mucho, pero ¿qué es saber mucho? Saber mucho es saber que se sabe poco, y saber también que el mayor tesoro es saber aprender.

El conocimiento se construye como los edificios, no esparciendo los ladrillos sobre el suelo, sobre una superficie equipotencial, sino elevándolos y disponiéndolos a mayores alturas, sobre superficies equipotenciales de valores crecientes. El científico no puede limitarse a deambular sobre una superficie equipotencial. Ha de construir el conocimiento, y ello supone el esfuerzo de organizar las ideas a niveles siempre más elevados. Es escalador, y no paseante de caminos horizontales.

El conocimiento se descubre con los potentes faros de la inteligencia, que iluminan la negrura de lo desconocido. Los lugares escasamente iluminados se tantean con el bastón de la experimentación.

El científico genuino emite luz propia para iluminar lo que le rodea, y no para iluminarse a sí mismo, y hacerse visible, como los seres fosforescentes.